

Congreso la intervención armada, para ayudar al gobierno constitucional. Con objeto, sin duda, de impedirlo, el gobierno, que había estado hacia tiempo procurando encontrar recursos pecuniarios en los Estados Unidos, pero que estaba resuelto á evitar la intervención, negoció por cuatro millones de pesos, que en efectivo se reducían á dos, un convenio que cedía á la Unión norte-americana tales franquicias en Tehuantepec y en una zona de la frontera del Norte, que equivalían al condominio, á la cesión de una parte de la soberanía de la República sobre el territorio nacional. Que un pacto semejante haya parecido hacedero siquiera á hombres del temple patriótico de Juárez y Ocampo, es un hecho pasmoso, y nadie vacilaría en calificarlo de crimen político, si la alucinación producida por la fiebre política en su período álgido no atenuara las responsabilidades. Poco antes el comisionado del gobierno de Zuloaga había celebrado en París, con España, el más humillante de los tratados (el Mon-Almonte). De España no se obtenía en cambio dinero, pero sí simpatías eficaces y complicidades trascendentales.

El Interior quedaba por muchos meses á cubierto, no de guerrillas, que pululaban en todas partes y zumbaban en torno de las poblaciones de importancia como las abejas en derredor del colmenar, pero sí de importantes agrupaciones ó cuerpos de ejército; González Ortega era una nube en el horizonte del Bajío; pero éste era menos general que el perpetuo luchador que se llamaba Degollado; era un tribuno, un poeta, un exaltado por el estilo de los comisarios de la Convención en los ejércitos; lo demás no se veía ó se veía poco.

Los repiques, los cánticos sagrados, los votos de lo que aquí se llamaba aristocracia, los vítores del pueblo de que dispone la policía, saludaron la partida hacia Veracruz (Febrero de 1860) del ejército cruzado. En Puebla el invicto sustituto recibió una inmensa ovación popular. En los primeros días de Marzo, con su ejército perfectamente organizado, estaba frente á Veracruz. Como el puerto era inexpugnable mientras no se le cerrase el mar, Miramón preparaba una sorpresa al gobierno; contando con las complacencias de las autoridades españolas, habíase organizado, por cuenta del gobierno reaccionario, una escuadrilla en la Habana, que apareció al mismo tiempo que los sitiadores frente á Veracruz. El gobierno había tenido noticia de que iba á cometerse este atentado, y había, como era su derecho, negado á los jefes de la escuadrilla rebelde el de usar la bandera nacional, declarándolos piratas y haciéndolo así saber á los buques extranjeros, que quedaban así en aptitud de hacer presa en ellos; así sucedió; los dos buques piratas fueron atacados y capturados en Antón Lizardo, el día mismo que se presentaron, por una fragata de guerra americana. Este era un fracaso serio para Miramón; intentó un avenimiento, una transacción con el gobierno, que se mostró resuelto á tratar solamente sobre el terreno constitucional, y en seguida se retiró. Todo el mundo comprendió que el descenso iba á comenzar para los reactivos; Miramón estaba convencido de ello, pero su amor propio le obligaba á procurar la continuación de la lucha.

Un momento pareció sonreírle de nuevo la suerte: había levantado en el Interior la bandera constitucional un viejo veterano de las guerras civiles, sin convicciones, aunque, en tesis general, desafecto al clero; ambicioso y hábil, de gran reputación en el ejército como oficial técnico, el general López Uruga trafa á los grupos constitucionalistas lo que les

faltaba, la ciencia; entró en escena obteniendo una victoria que fué un golpe maestro; en seguida marchó sobre Guadalajara; Miramón salió de México en busca suya. El general Uruga, forzando las marchas, quiso apoderarse de Guadalajara antes de que Miramón se pusiera en contacto con él; pero en esta ciudad, muy bien defendida por Woll, oficial francés, también avezado á nuestras discordias, se estrelló y fué puesto fuera de combate.

Miramón había salido de México llevando en sus equipajes al presidente tacubayista Zuloaga, que había querido reasumir el mando y á quien, con una frase latigadora, había dicho: «Voy á enseñar á usted cómo se ganan las presidencias.» El presidente cautivo logró al fin evadirse, lo que dió motivo, poco después, para que una junta, compuesta de lo que tenía la reacción de más recalcitrante, nombrase al joven sustituto presidente interino. Pasó por Guadalajara, libertada por Woll, y siguió rumbo al Sur de Jalisco tras otro joven general neo-leonés que no había querido seguir en su defeción á Vidaurri y que mandaba la retirada del ejército que había fracasado en Guadalajara; este general se llamaba Ignacio Zaragoza, y con tanta discreción movió su ejército, haciéndolo crecer en la derrota misma, y tan hábilmente lo situó frente á Miramón, que éste retrocedió á Guadalajara. Al mediar el año, el aspecto militar del país era ya favorable á los reformistas. Miramón, situado en



D. José López Uruga

el centro del Interior para atender á los diversos cuerpos de ejército, que tendían manifiestamente á ponerse en contacto, no pudo evitar la reunión de éstos; Zaragoza, González Ortega y otros caudillos (Degollado conservaba su investidura de general en jefe) le cerraron el paso para la capital; Miramón marchó sobre ellos rápidamente y fué hecho pedazos en Silao; llegó casi solo á la capital. Allí aceptó su investidura nueva de presidente; con este título recibió al embajador de España, Pacheco, notable jurisculto y desacertado diplomático, que en los momentos en que la reacción se hundía, ponía de su lado el prestigio y las simpatías de España. Demasiado debía haber pesado en el ánimo del embajador, ya que no el conocimiento de una situación que manifiestamente dependía del buen suceso en una ó dos batallas, la súplica que casi todos los hombres importantes por su situación pecuniaria en el país habían levantado en favor de la paz. «La dignidad de la

Nación, su independencia, las propiedades, la libertad y la vida de los mexicanos, todo, todo está á merced de los atentados de la fuerza ciega, todo pelagra ó perece, todo es víctima de los furros de la guerra civil, que desgarrá á la sociedad.» Los reaccionarios intransigentes naturalmente rechazaron con altivez esta deprecación; ó reacción ó muerte, era su divisa, y muchos de los que esto decían supieron sellar con su sangre su fe política noble y ciega.

El desenlace se acercaba á paso veloz; los vencedores en Silao, después de dirigirse á la capital, retrocedieron sobre Guadalajara, defendida por el sesudo general Castillo; el ejército reformista carecía de recursos para sus grandes movimientos; allí estaban los bienes del clero para responder de las deudas que pudieran contraer para dar fin á la guerra; pero en aquellos instantes esto no proporcionaba los recursos que se necesitaban con urgencia creciente: Doblado entonces se apoderó de una conducta de caudales, y el general en jefe, Degollado, que encarnaba la más escrupulosa probidad de la Revolución, tomó sobre sí toda la responsabilidad del hecho: el gobierno, que no tenía fondos para resarcir *incontinenti* á los despojados, otorgó garantía suficiente sobre los bienes nacionalizados.

Y mientras el último acto del drama se preparaba, aterrador y sangriento, el trabajo doloroso que se había operado en la conciencia de Degollado lo condujo á buscar, de acuerdo con el representante de Inglaterra, un medio de zanjar inmediatamente la guerra civil; medio peregrino que tenía por punto de partida la reunión en México de los representantes diplomáticos y de los gobiernos de los Estados para declarar la adopción de los principios reformistas y convocar un Congreso que diese al país una nueva constitución. El proyecto del señor Degollado fué rechazado en México y condenado terminantemente en Veracruz; el señor Juárez privó al benemérito caudillo, con dolor, pero con justicia, de su puesto en el ejército. Encargóse del mando González Ortega, y comenzó el asedio de Guadalajara. Miramón envió á Márquez en auxilio de los sitiados, y hubo necesidad de apretar á sangre y fuego el cerco de la infortunada ciudad, sobre la que vomitaban la muerte 125 cañones. El sitio de Guadalajara, que fué una serie de asaltos hasta el que determinó la capitulación de Castillo en los momentos en que Márquez se aproximaba, es una página épica; Guadalajara fué durante varios días un infierno de exterminio y de valor. En manos de Zaragoza y Leandro Valle, dos generales de treinta años, el ejército reformista llegó á ser un instrumento llevado al rojo blanco, por la aspiración que exaltaba las almas y la pasión que animaba los corazones. Apenas había capitulado Guadalajara, el ejército liberal ponía á Márquez en fuga, casi sin combatir, y emprendía lentamente, desde los primeros días de Noviembre, el camino de la capital.

Los jefes reaccionarios habían protestado siempre que no deponían las armas porque casi todas las ciudades eran suyas y el país estaba de su lado; en aquellos momentos era todo lo contrario: fuera de México y Puebla, la República entera estaba dominada por la legalidad. Deponer las armas era su deber, pero en una junta de militares y obispos se decidió continuar la lucha á todo trance. «Si la revolución no limita sus pretensiones á la política y al ejercicio del poder, si no respeta á la Iglesia, si no deja incólumes los principios eternos de nuestra religión, si no se detiene ante el sagrado de la familia, combatamos á la revolución, sostengamos la guerra, aun cuando se desplome sobre nuestras cabezas el edificio social.» Estas eran las palabras supremas del jefe del ejército reaccionario; nada

significaban, nada querían decir; eran frases de teatro, eran una actitud trágica tomada valientemente ante el peligro; los constitucionalistas no se metían con los dogmas de la religión; la Constitución era la égida de la familia y del derecho humano.

Era necesario rehacer un ejército; en la población mexicana hay siempre un ejército latente; la guerra civil había organizado inconscientemente el servicio obligatorio de la inmensa mayoría del pueblo mexicano; la *leca* lo sacaba del *sagrado de la familia* y lo llevaba al campo de batalla. Esto hizo Miramón con buen éxito, y para hacer vivir aquella nueva multitud armada se apoderó de los fondos destinados á los tenedores de bonos de la deuda inglesa y depositados en la legación de S. M. B., con un lujo de ultraje internacional que indicaba la desesperación y el

*sálvese quien pueda* de la reacción en agonía. Ese ejército fué completamente vencido en Calpulalpam, en dos horas de combate reñidísimo, el 22 de Diciembre. El 25 las fuerzas constitucionalistas ocuparon la capital de la República. La reacción había sucumbido para siempre; para resucitarla la primera nación militar del mundo, arrastrando en pos suya á un príncipe austriaco y á una parte de la sociedad mexicana, había de gastar todo su prestigio y todo su poder, sin conseguirlo. En el mundo de las ideas había muerto ya; en el de los hechos acababa de entrar definitivamente en la historia. Lo que de ella figuró en nuestra gran tragedia nacio-



D. Severo del Castillo

nal fué un espectro, un aparecido; idealmente, socialmente, militarmente había concluido. Sobre el programa reformista se iba á informar el nuevo mundo mexicano.

Para defender sus propiedades, el clero había convertido la última guerra civil en una contienda religiosa, y toda la organización eclesiástica, con el supremo jerarca á su cabeza, y todos los dogmas, hasta el fundamental de la existencia de Dios, y todos los temores, desde el temor del infierno hasta el del patíbulo, fueron hacinados en formidable *bastilla* para reparo del tesoro de la Iglesia. Todo esto lo abandonó la Providencia, invocada sin cesar en auxilio de los campeones reaccionarios, en manos de un puñado de improvisados generales de treinta años. Y la imprudencia indecible de vincular los bienes terrenales á los espirituales había hecho de la revolución un cataclismo, y de una victoria política una catástrofe religiosa y un estimulante para que el grupo reformista joven, que tenía su Rous-